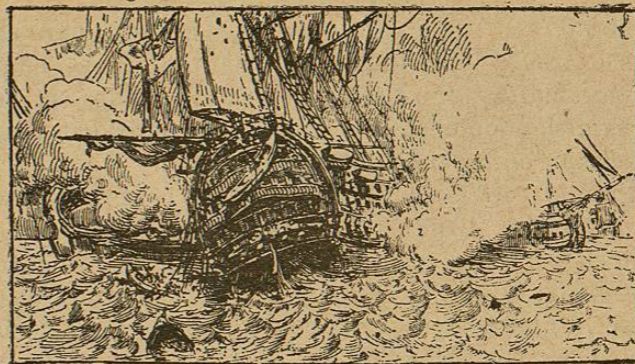


Aquellos abominables salvajes no abandonaron la Salpetriere más que para ir á ayudar á sus compadres de Bicetre. Allí fueron muertas sesenta y seis personas sin distinción de clases: pobres, locos, dos capellanes, el administrador, los escribientes. La inmensidad del local daba á las víctimas facilidades para luchar, para diferir por lo menos su muerte. Fueron empleados los medios más bárbaros; el hierro, el fuego, el agua, hasta la metralla.

En 1840 se ha encontrado en el registro fúnebre de Bicetre (véase el libro de Mr. Maurice) el hecho más execrable de las matanzas de Septiembre, escondido, ignorado hasta hoy; y es que no contentos con las huerfanitas de la Salpetriere penetraron asimismo en la *Corrección*, en donde había cincuenta y cinco niños. En su mayoría ya lo hemos dicho, eran poco culpables: muchos habían sido llevados allí únicamente para dominar su carácter por medio de los castigos. Cubiertos de golpes, de cicatrices, continuamente azotados por el menor motivo, y aun sin motivo alguno, hubieran partido los corazones más duros. Importaba sacarlos de allí, volverlos al aire y al sol, curarlos y cuidarlos, entregarlos en manos de mujeres. Su mal y su vicio, en cuanto á la mayor parte, venía de ahí, de que no habían tenido madres. Septiembre les dió por madre y nodriza la muerte.—Libró sus jóvenes almas de aquellos pobres cuerpos que ya habían sufrido tanto.—Treinta y tres perecieron. La mayoría de los que escaparon fueron arrebatados por los voluntarios que ofrecieron convertirlos en soldados. Los asesinos habían llegado á tal estado de vértigo, de horrible deslumbramiento, y como de furor hidrófobo, que apenas les dejaba distinguir á quién herían. Sin embargo, dijeron una cosa que hace comprender todo lo culpables que fueron. A pesar de este extravío no dejaron de observar que aquellas tiernas vidas, apenas comenzadas no se resignaban de ningún modo, huían de la muerte con un invencible horror y se obstinaban en vivir. «Preferiríamos matar hombres: estos chiquillos cuestan más de rematar.»



### CAPITULO XIII

#### Estado de París después de la matanza.—Fin de la legislativa (5-20 de Octubre del 92.)

Prostración moral después de la matanza.—El pueblo y el ejército la miraron con horror.—Opiniones de Marat y de Danton sobre la matanza.—La Asamblea jura combatir á los reyes y á la monarquía (4 de Septiembre del 92).—Cambon ataca á la Comuna.—Reacción humanitaria.—Continúa sin embargo la matanza (5 y 6 de Septiembre).—Temores de la Comuna.—Los maratistas intentan extender la matanza por toda Francia.—Los prisioneros de Orleans asesinados en Versalles (9 de Septiembre).—Danton salva á Adrian Duport á pesar de la Comuna.—Lucha entre Danton y Marat.—Elecciones bajo la impresión de las matanzas.—Federación de mutua garantía.—Robos y pillajes.—Homicidios y temores de matanza.—Temores de la Asamblea (27 de Septiembre).—Discurso de Vergniaud y solemne abnegación por la Asamblea nacional.—Su clausura.

El efecto inmediato de la matanza para la mayor parte de la población de París fué la sensación intensamente cruel que conocen demasiado bien todos los enfermos del corazón cuando después de haber latido apresuradamente y con horrible precipitación durante algunos minutos se para de repente... En todo el organismo se nota un silencio mortal... Después viene la sofocación, los espasmos, el anonadamiento completo, el abandono del ser... á lo sumo aquel grito interior, aquella voz muda que dice: «¡Oh muerte!»

Para las personas débiles y pobres de espíritu muy viejas ya, abrumadas de años ó de desdichas, el acceso fué seguido de una cesación absoluta de ideas, de un aniquilamiento de la personalidad muy parecido al idiotismo. Los que sobreponiéndose al terror se atrevían á salir refugiábanse en las iglesias, hacía mucho tiempo abandonadas, y maquinalmente se ponían á orar; se las veía murmurar, moviendo la cabeza, cuyos ojos estaban sin luz. Otras permanecían encerradas en sus casas y se abismaban en los éxtasis de un extraño misticismo, diciendo como más tarde Saint Martín, que aquello era seguramente una escena del juicio final, un acto de la terrible comedia del Apocalipsis. Había cerebros en que todo esto se mezclaba confusamente: la religión y la

revolución. Marat y el Antecristo, todo se confundía para aquellos pobres espíritus completamente ofuscados; cuanto más se empeñaban en reflexionar, en meditar, en distinguir, más perdidos se veían. Otros para no extraviarse adoptaban una idea fija, se aferraban á una sola palabra y no cesaban de repetirla en todo el día.

En un granero de la calle Montmartre (permítaseme contar este hecho que servirá para juzgar de los demás) en el séptimo piso, vivía una pobre anciana que los vecinos de las ventanas de enfrente veían siempre arrodillada. Sobre la chimenea tenía colocados dos pequeños bustos de yeso, alumbrados por dos velas, y ante ellos decía sin cesar sus oraciones. Los curiosos aplicaron el oído á la puerta y pudieron comprobar que desde por la mañana hasta por la noche repetía esta invariable letanía: «Dios salve á Manuel y á Petion, Dios salve á Manuel y á Petion.» Los dos magistrados populares que durante las matanzas, impotentes para evitarlas, habían mostrado por lo menos sus sentimientos humanitarios, se habían convertido para ella en dos santos cuyas imágenes honraba y por los cuales pedía al Todopoderoso.

En el naufragio de las antiguas ideas religiosas, y cuando la nueva fe se hallaba tan cruelmente comprometida en su cuna, sobrevivía la humanidad, y el horror de la sangre era la única religión del pobre corazón abandonado. Débil, viejo, indigente, en su totalidad llena de horror, trataba de tranquilizarse, de hacer renacer la esperanza, nombrando á los amigos de la humanidad. ¡Hilo frágil, miserable apoyo! De los dos patronos de la anciana, el uno, al cabo de un año, debía perecer en el patíbulo; el otro un poco más adelante, debía ser encontrado muerto de hambre y de miseria y devorado por los perros.

Una señal infinitamente grave, deplorable, del singular estado en que se hallaban los espíritus, es que en aquella ciudad inmensa en que la miseria era excesiva desde hacía mucho tiempo, nadie quería trabajar. La Comuna no encontraba por ningún precio obreros para los aterramientos del campamento de Montmartre. Ofrecía dos francos diarios (equivalentes hoy á tres) y no se presentaba nadie. Llegó hasta hacer requisita de los constructores de edificios ofreciéndoles el salario más elevado que ganasen en su industria, y tampoco acudió ninguno. Por fin ensayaron la prestación personal haciendo turnar á las secciones.

Nadie, ó casi nadie, respondía á los llamamientos de la guardia nacional; con trabajo se completaba la guardia de la Asamblea, la de los depósitos de objetos preciosos, la del guarda-muebles, por ejemplo, que una noche quedó, como vamos á ver, casi abandonado.

En los clubs reinaba la soledad. Muchos de sus miembros se habían ausentado, el disgusto se apoderaba de los restantes. Esto era muy sensible en las actas de los Jacobinos. La ausencia de todos los oradores ordinarios hizo figurar en ellos en primera línea á gente completamente desconocida.

Los que han dicho que el crimen era un medio de fuerza, un cor-

dial poderoso para hacer de un cobarde un héroe, esos no conocían la historia, y han calumniado á la naturaleza humana. Sepan esos culpables ignorantes que con tanta ligereza hablan de cosas tan terribles, la profunda inervación que es consecuencia de tales actos.

¡Ah! Si al día siguiente de los placeres vulgares (cuando el hombre, por ejemplo, ha prodigado su vida al viento y el amor á los bajos placeres) entra en su casa embrutecido y triste, no atreviéndose á mirarse á sí mismo, cuánto más el que ha buscado un execrable placer en el dolor y en la muerte! El acto mas contra naturaleza que sin duda es el asesinato, quebranta cruelmente la naturaleza del que lo comete; el asesino ve *después*, que se ha matado él mismo; se inspira él mismo la repulsión que produce un cadáver, siente unas náuseas horribles y quisiera vomitar su propio ser.

Los historiadores han adoptado con ligereza la opinión de que la matanza había sido el punto de partida de la victoria, que semejante crimen había abierto un abismo, y el pueblo comprendió que era preciso vencer ó morir y por fin que los asesinos de Septiembre habían arrastrado al ejército, formando la vanguardia de Valmy y de Jemmapes. Triste confesión, verdaderamente si fuera cierta, hecha para humillar! El enemigo se ha apresurado á acoger esta opinión, fingiendo creer á esos extraños franceses que pretenden que Francia venció por la energía del crimen. Vamos á demostrar la falsedad de aquella creencia. De los tres ó cuatrocientos hombres que intervinieron en la matanza, muchos de los cuales son conocidos, pocos, muy pocos eran militares. Los que partieron fueron recibidos en el ejército con horror y con asco; Charlat, entre otros, que se alababa insolentemente de su crimen, fué acuchillado por sus camaradas.

Hemos comprobado con documentos irrecusables, y con la unánime afirmación de testigos oculares que aun viven, el número *infinitamente pequeño* de los asesinos. Eran á lo mas *cuatrocientos*.

El número de los muertos (aun contando los dudosos) es de 966.

El barrio de San Antonio, en particular, que había hecho el 10 de Agosto, fué completamente extraño al 2 de Septiembre. Gonchón, su célebre orador, (hombre honrado y que murió pobre), pudo decir seis meses después (22 de abril del 93) sin temor de ser desmentido: «El barrio no recela de los hombres tranquilos. La jornada del 2 de Septiembre no ha hallado cómplices entre nosotros.»

No es menos curioso el juicio que los hombres, á quienes se acusaba de haber tomado parte, han formado sobre aquellos sucesos.

«Suceso desastroso», dice Marat en Octubre del 92 (n.º XII de su diario).

«Jornadas sangrientas, dice Danton, por las cuales ha gemido todo buen ciudadano» (9 de Marzo del 93).

«Recuerdo doloroso», dice Tallien (en su apología, publicada dos meses después de las matanzas de Septiembre).

¡Sí, desastrosos, sí dolorosos, dignos de que se gima eternamente!.. Sin embargo estas lamentaciones tardías no curaban la incurable llaga hecha al honor, hecha al sentimiento de la Francia... La vitalidad nacional sobre todo en París, parecía herida; una especie de parálisis de muerte quedaba al parecer en los corazones.

Se trataba de saber en donde comenzaría nuevamente la vida. Podía dudarse que empezara en la Asamblea legislativa. ¿Vivía ella? no se había visto en aquellos días horribles. Enervada desde larga fecha por sus tergiversaciones, estaba moribunda—no, muerta, acabada,—exterminada por la calumnia.

Parecía tocada y convencida de dos crímenes perfectamente opuestos, hacer un rey, y rehacer un rey, restaurar á Luis XVI, hacer un rey, Brunswick. Una sencilla palabra hubiera bastado y nadie se atrevía á pronunciarla: *Aquella Asamblea acusada de traición, acababa de quitarse los medios para ello*; se quebrantaba ella misma, convocando para dentro de algunos días á la Convención que la reemplazaba. Representantes y ministros, todos iban á ser anulados al momento ante aquella Asamblea soberana.

En la mañana del 4 de Septiembre llevaba Guadet en nombre de la comisión extraordinaria (creada en la Asamblea el 10 de Agosto) una proposición en que los representantes rechazaban los rumores injuriosos que se hacían correr, jurando *combatir con todas sus fuerzas á los reyes y á la monarquía*.

Chabot tuvo noticia de ello y arrebató la iniciativa á la Gironda; en cuanto se abrió la sesión, propuso que se prestase juramento de odio á la monarquía.

«¡No más rey!» fué el grito, el juramento de la Asamblea toda, conmovida por su palabra.

Entonces se levanta un militar, Aubert-Dufayet, y con voz fuerte y sonora: «¡Jamás capitulación!... ¡Jamás rey extranjero!»

Y el joven girondino Enrique Lariviere: «¡No, ni extranjero ni francés!... Ningún rey mancillará ya el suelo de la libertad!»

Produjo sorpresa el oír á Thuriot contener aquel movimiento: «Señores, dijo, seamos prudentes, no anticipemos sobre lo que puede decidir la Convención.»

A lo cual, Fauchet, usando del derecho que parecía darle una noble iniciativa (su diario era el primero que había propuesto la República), Fauchet, con un gran impulso de su corazón dijo: «No, que la Convención decida lo que quiera; si restaura el rey, nosotros podremos continuar siendo libres, y huir de una tierra de esclavos que volverían á tomar un tirano.»

Para conciliarlo todo, la proposición reserva á la Convención su derecho: el juramento fué *individual*; cada diputado se comprometió por sí.

La comisión extraordinaria, por conducto de Vergniaud, dijo en-

tonces que acusada en el seno de la Comuna, pedía concluir y devolver sus poderes. La Asamblea no lo aceptó. Entonces tuvo Cambon un arranque heroico (téngase en cuenta que en aquellos momentos se asesinaba en Bicetre, y aun en la Force y en la Abadía). Se indignó de la timidez de la comisión: «¡Cómo! dijo, acabáis de jurar la guerra á los reyes y á la monarquía, y ya dobláis la cabeza ante no sé que tiranía!... Si no queremos que gobierne la Comuna, sometámonos tranquilamente. Alguna vez he combatido á la comisión; hoy la defiendo... Veo unos hombres que se cubren con la máscara del patriotismo para trabajar contra la patria. ¿Qué quieren esos agitadores? ¿Ser nombrados de la Convención, reemplazarnos?... Pues bien, que tomen de mí esta lección.» Continuó valerosamente, con una profecía fúnebre sobre las revoluciones, con las que los intrigantes luchando unos con otros, acabaría Francia por entregarse al extranjero.

Este gran hombre, sólo conocido como el severo é irreprochable hacendista de la República, tuvo entonces, y con frecuencia después, en las crisis más tempestuosas, una rara originalidad: el heroísmo del buen sentido, al que nada hacía retroceder. Resistió toda la Revolución firme y solo y respetado. No quería la Gironda y la defendió; no amaba á Robespierre, y le sostuvo cuando fué necesario. Y el día en que Robespierre, en un último acceso de rabia denunciadora, llegó hasta atacar la probidad de Cambon, cayó herido él mismo.

Cambon había llamado con el nombre verdadero la victoria de la Comuna: *una tiranía*, una resurrección de la monarquía bajo otro nombre. La reacción fué muy fuerte. Sucedió lo que ocurre en esos momentos en que nadie se atreve á hablar: en cuanto uno habla todos rompen á hablar con valentía.

Los comisionados de la Asamblea enviados por ella á las secciones, fueron recibidos por estas, contra lo que se esperaba, con amor y alegría. Es que la multitud había vuelto á las asambleas de las secciones; desiertas el 2 y el 3 fueron numerosas el 4. Todo el mundo tenía prisa por agruparse alrededor de los comisionados, para tranquilizarse y creer que había allí una Francia, una patria, una humanidad todavía y un mundo de vivientes. El pueblo, en cierto modo, surgió de lo profundo, salió de las tinieblas de la muerte, para abrazar en sus representantes la imagen sagrada de la ley. Los calumniadores de la Asamblea creían que ya no les quedaba que hacer más que ocultarse; se excusaban con gran trabajo. En la sección del Luxemburgo, uno de ellos alegó que había obedecido á la autoridad de Robespierre, á pesar de lo cual se acordó que merecía ser expulsado de su sección. En la de Postas, Cambon fué recibido como un dios salvador. Las mujeres y los niños que trabajaban en las tiendas de los equipos militares, los rodearon á él y á sus colegas con verdadero delirio. Todos en la sección, hombres y mujeres, querían arrojarle en sus brazos; le estrechaban y le abrazaban, y cuando llegó el decreto que anunciaba que la Asamblea iba á

cerrarse, á dar fin á sus trabajos, á disolverse, todos los rostros estaban inundados de lágrimas.

Todo parecía cambiado desde la noche del 4. Oficiales municipales fueron á la Asamblea á presentar al abate Sicard salvado de la Abadía (así lo daban ellos á entender), gracias á su valerosa humanidad. Un miembro de la comuna, el mismo que había ido á la Asamblea con Tallien en la noche del dos al tres, y que entonces había elogiado la hermosa justicia popular, fué el cinco con un inglés al que dijo que había salvado de la matanza. Lo que no fué menos característico fué la humanidad repentina, los sentimientos generosos de que hizo alarde Santerre. Severamente amonestado el 4 por el ministro del Interior, se excusó con la *inercia de la Guardia nacional*, y dijo que, si persistía, *su cuerpo serviría de escudo á las víctimas*. Realmente, no podía censurar aquella inercia, no habiendo hecho ningún llamamiento, ningún esfuerzo, ni mandado que tomaran las armas. Y cómo podía haber dado semejante orden, cuando su cuñado Panis hacía que tomase asiento en el comité directivo Marat, el apóstol de la matanza? Fué un espectáculo extraño el ver á Santerre convertido bruscamente, predicando en la gran Sala del Hotel de Ville á la multitud que llenaba las tribunas, explicando las ventajas del orden y el peligro que habría creyendo con ligereza, acusaciones poco fundadas en matar antes de esclarecerlas.

La Comuna, privada largo tiempo de la presencia de Danton, le vió con asombro llegar por fin el 4 por la noche: iba á proteger á Roland quien, ciertamente, en aquel momento, ya no necesitaba protección. Pidió que se revocase el extraño acuerdo que se había dictado el 2 contra el ministro del Interior, y que se mantenía aun suspendido sobre su cabeza como una espada, sin atreverse á dejarla caer.

Los vientos no eran ya de matanza: todo el mundo la miraba con horror. Sin embargo, continuaba. Entonces se vió cuán lentamente los espíritus, una vez quebrantados, vuelven á recobrar la fuerza y el valor. Un extraño letargo, una parálisis inexplicable encadenaba las masas. Había todavía unos cincuenta hombres en la Abadía y otros tantos en la Force, que mataban tranquilamente. Nadie se atrevía á molestarles. No mataban á muchos; los de la Abadía, habiendo hecho tabla rasa, no tenían más víctimas que los que el Comité de Vigilancia se encargaba de enviarles. En cuanto á la Force, los magistrados no se atrevían á turbar á aquellos asesinos en el ejercicio de sus funciones; únicamente se aventuraban á robarles algunos prisioneros que ocultaban en la cercana iglesia.

Habían adquirido ya la costumbre: los asesinos no querían ni podían hacer otra cosa. Era una profesión. Ellos mismos se consideraban como verdaderos funcionarios encargados de ejecutar la justicia del pueblo soberano. La Comuna declaró el 4 que la habían afectado los excesos de la Force y de la Abadía, y envió; pero al mismo tiempo

rehusó salvar á los infortunados de Bicetre, permitiendo que se alistasen. El Consejo general, reducido á escaso número, estaba compuesto de los más violentos. Invitó á las secciones á que completasen el número de sus comisarios. De este modo las elecciones municipales se verificaron en pleno terror, durante la matanza. Las de la Convención se hicieron bajo la misma influencia. El primer elegido de París el 5 de Septiembre fué Robespierre.

Nada indicaba que la Comuna quisiera seriamente contener la efusión de sangre. El 4 y el 6 le propusieron que amnistiase á ciertos hombres que estaban con mortales angustias, los veinte ó treinta mil firmantes de las peticiones fayetistas y constitucionales en favor del rey. Un gran número de voluntarios que partían para los ejércitos habían hecho generosamente el juramento de olvidar el error de sus hermanos. La Comuna rechazó violentamente la proposición de votar el olvido.

El 4, la comisión extraordinaria de la Asamblea había propuesto á Danton un medio muy sencillo para cambiar de golpe la situación: prender á Marat. Remedio radical, heroico. Sólo que se corría el riesgo de producir una violenta reacción. Prender á Marat era ejecutar el decreto de acusación que el partido fayetista, realista, constitucional, había hecho publicar contra él. Era hacerse acusar como cómplice de Lafayette, era realzar la esperanza de los realistas, iniciar un movimiento que podía llegar demasiado lejos. En tales momentos, el viento va aprisa; la tempestad una vez desencadenada en sentido inverso, hacía posible que los realistas constitucionales triunfases desde el primer día, á los ocho días los realistas puros, ocho días después los prusianos. Danton contestó que antes que hacer prender á Marat, presentaría su dimisión.

Brissot, á su vez, fué á casa de Danton y le instó vivamente para que obrase: «¿Cómo impedir, le dijo, que los inocentes perezcan con los otros?»—«No hay ninguno»—repuso Danton.

Retrayéndose así la autoridad de una manera tan absoluta, no podía cambiar la situación, á no ser por una manifestación vigorosa de la indignación del pueblo. No se atrevió á manifestarse el 5, y no se produjo hasta el 6. Este mismo día, aun hubo algunos asesinatos. Pétion había ido al Consejo general, y se pronunciaba contra los agitadores que pedían nuevas víctimas. Se oyeron aplausos confusos, luego voces distintas que manifestaban el asentimiento más decidido; por fin, gritos de furor contra los bebedores de sangre: «Nosotros los perseguiremos. ¡Nosotros los prenderemos!» fué la frase unánime que salió de aquella tempestad, la verdadera voz del pueblo que, al fin, se manifestaba. Pétion se puso en marcha, arrastró vencedor á la Comuna humillada, fué á apoderarse de la Force, y cerró sus ensangrentadas puertas (6 de Septiembre).

Aquellas voces de indignación parece que debieran hacer hundirse